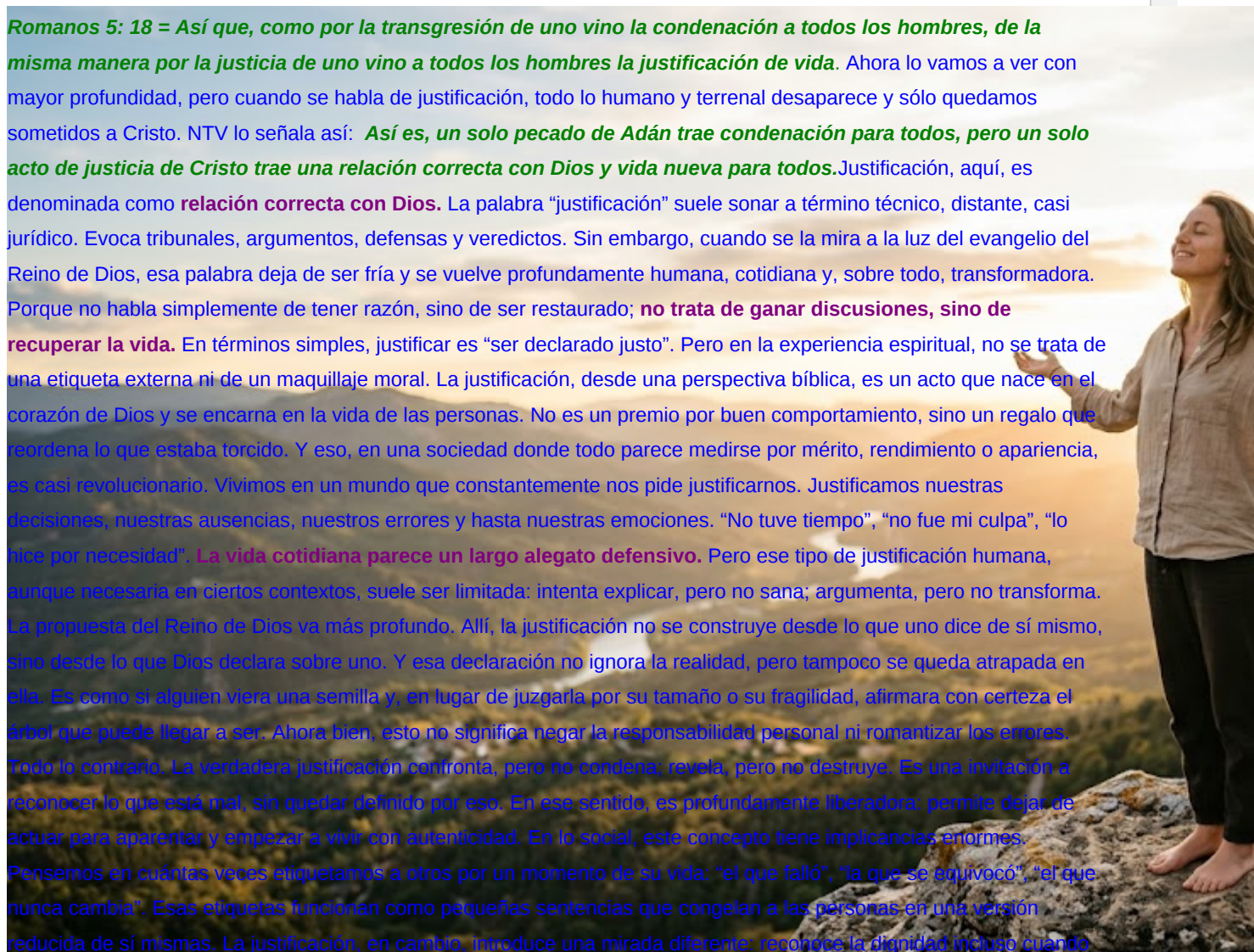


20 – Justificación

Posted on January 01, 1970 by Néstor Martínez

Romanos 5: 18 = Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Ahora lo vamos a ver con mayor profundidad, pero cuando se habla de justificación, todo lo humano y terrenal desaparece y sólo quedamos sometidos a Cristo. NTV lo señala así: **Así es, un solo pecado de Adán trae condenación para todos, pero un solo acto de justicia de Cristo trae una relación correcta con Dios y vida nueva para todos.** Justificación, aquí, es denominada como **relación correcta con Dios**. La palabra “justificación” suele sonar a término técnico, distante, casi jurídico. Evoca tribunales, argumentos, defensas y veredictos. Sin embargo, cuando se la mira a la luz del evangelio del Reino de Dios, esa palabra deja de ser fría y se vuelve profundamente humana, cotidiana y, sobre todo, transformadora. Porque no habla simplemente de tener razón, sino de ser restaurado; **no trata de ganar discusiones, sino de recuperar la vida**. En términos simples, justificar es “ser declarado justo”. Pero en la experiencia espiritual, no se trata de una etiqueta externa ni de un maquillaje moral. La justificación, desde una perspectiva bíblica, es un acto que nace en el corazón de Dios y se encarna en la vida de las personas. No es un premio por buen comportamiento, sino un regalo que reordena lo que estaba torcido. Y eso, en una sociedad donde todo parece medirse por mérito, rendimiento o apariencia, es casi revolucionario. Vivimos en un mundo que constantemente nos pide justificarnos. Justificamos nuestras decisiones, nuestras ausencias, nuestros errores y hasta nuestras emociones. “No tuve tiempo”, “no fue mi culpa”, “lo hice por necesidad”. **La vida cotidiana parece un largo alegato defensivo**. Pero ese tipo de justificación humana, aunque necesaria en ciertos contextos, suele ser limitada: intenta explicar, pero no sana; argumenta, pero no transforma. La propuesta del Reino de Dios va más profundo. Allí, la justificación no se construye desde lo que uno dice de sí mismo, sino desde lo que Dios declara sobre uno. Y esa declaración no ignora la realidad, pero tampoco se queda atrapada en ella. Es como si alguien viera una semilla y, en lugar de juzgarla por su tamaño o su fragilidad, afirmara con certeza el árbol que puede llegar a ser. Ahora bien, esto no significa negar la responsabilidad personal ni romantizar los errores. Todo lo contrario. La verdadera justificación confronta, pero no condena; revela, pero no destruye. Es una invitación a reconocer lo que está mal, sin quedar definido por eso. En ese sentido, es profundamente liberadora: permite dejar de actuar para aparentar y empezar a vivir con autenticidad. En lo social, este concepto tiene implicancias enormes. Pensemos en cuántas veces etiquetamos a otros por un momento de su vida: “el que falló”, “la que se equivocó”, “el que nunca cambia”. Esas etiquetas funcionan como pequeñas sentencias que congelan a las personas en una versión reducida de sí mismas. La justificación, en cambio, introduce una mirada diferente: reconoce la dignidad incluso cuando hay fragilidad, y apuesta por el proceso en lugar de quedarse en el error. Esto no es ingenuidad, es esperanza activa. Porque creer en la justificación es creer que nadie está completamente terminado, que siempre hay posibilidad de recomenzar. Y eso, llevado a la práctica, cambia la manera en que tratamos a los demás. Nos vuelve más pacientes, más empáticos, menos rápidos para juzgar y más dispuestos a acompañar. Desde un punto de vista ideológico, mantenerse objetivo implica reconocer que este enfoque no encaja fácilmente en los extremos. No es relativismo moral, porque no dice que todo da igual. Tampoco es legalismo rígido, porque no basa el valor en el cumplimiento perfecto de normas. Es una tercera vía: **una justicia que nace de la gracia y que apunta a la restauración**. El evangelio del Reino de Dios presenta esta dinámica con una claridad sorprendente. No se trata de un sistema abstracto, sino de una realidad vivida. La justificación no es un concepto para discutir, sino una experiencia para atravesar. Y en ese tránsito, la fe juega un



papel central. No como un esfuerzo mental por convencerse de algo, sino como una confianza que se apoya en el carácter de Dios. Ahora bien, hablar de fe y justificación en la vida diaria puede sonar elevado, pero en realidad es tremendamente práctico. Por ejemplo: ¿Qué pasa cuando alguien reconoce un error sin excusas, pero también sin autodestruirse? ¿Qué ocurre cuando una persona decide no definirse por su pasado, sino abrirse a un futuro distinto? ¿Qué sucede cuando dejamos de exigir perfección para empezar a construir procesos reales? Ahí, en esos pequeños gestos, la justificación se vuelve visible. Incluso en el humor cotidiano podemos encontrar un reflejo de esto. Pensemos en esa tendencia humana a “arreglar” las cosas con explicaciones absurdas: llegar tarde y culpar al tráfico, al clima, al destino... y, si hace falta, hasta a la alineación de los planetas. Nos reímos porque reconocemos lo ridículo, pero también porque sabemos que, en el fondo, todos buscamos una forma de quedar bien parados. La justificación divina, en cambio, no necesita excusas creativas. No depende de cuán convincente sea nuestro argumento, sino de cuán firme es el amor que nos sostiene. Esto no quita el desafío. Aceptar la justificación implica soltar el control, dejar de querer ganarse todo y aprender a recibir. Y eso, para una cultura que valora la autosuficiencia, puede ser incómodo. Pero también es profundamente sanador. Porque libera de la presión constante de tener que demostrar valor y permite empezar a vivir desde una identidad afirmada. En términos concretos, ¿Cómo se traduce esto en la vida diaria? Algunas claves prácticas pueden ayudar: **Primero**, cultivar la honestidad interior. No se puede experimentar la justificación si uno vive negando la realidad. Reconocer lo que hay —sin exagerar ni minimizar— es el punto de partida. **Segundo**, ejercitar la fe como confianza activa. No se trata de repetir frases, sino de apoyarse en una verdad más grande que las circunstancias. Esto puede implicar decisiones simples: elegir no reaccionar desde el enojo, optar por el perdón, abrirse al cambio. **Tercero**, practicar la gracia con otros. Así como uno recibe una mirada que restaura, también puede ofrecerla. Esto no significa tolerar cualquier cosa, sino aprender a diferenciar entre la persona y su error. **Cuarto**, sostener procesos. La justificación no es una excusa para la inercia, sino un impulso hacia la transformación. Y los procesos, como todos sabemos, requieren tiempo, paciencia y constancia. **Quinto**, mantener una perspectiva comunitaria. Nadie vive esto en aislamiento. Las relaciones son el espacio donde la justificación se pone a prueba y se hace visible. Es en el trato con otros donde se evidencia si realmente creemos en una justicia que restaura. A nivel más profundo, la justificación conecta con una verdad central: la vida no se define por el pasado, sino por la posibilidad de redención. Y esa posibilidad no es una ilusión optimista, sino una realidad sostenida por el carácter de Dios. Un Dios que no niega la justicia, pero que **la expresa de una manera que abre puertas en lugar de cerrarlas**. Esto tiene un impacto directo en cómo nos vemos a nosotros mismos. Porque, si bien es fácil hablar de ser justificados, a veces cuesta creerlo en lo personal. Hay culpas que pesan, historias que marcan, decisiones que parecen irreversibles. Sin embargo, el mensaje del Reino insiste en algo que puede sonar simple, pero es profundamente desafiante: **no estás limitado a lo que fuiste**. Esa afirmación no borra la historia, pero cambia su sentido. Lo que antes era una carga puede convertirse en aprendizaje; lo que parecía un final puede transformarse en un nuevo comienzo. Y en ese proceso, la justificación deja de ser una idea para convertirse en una experiencia viva. Por supuesto, esto no elimina las tensiones. Vivir desde esta perspectiva implica nadar un poco contra la corriente. En un entorno que valora el juicio rápido, elegir la restauración puede parecer débil. En una cultura que premia la perfección, aceptar la gracia puede interpretarse como conformismo. Pero, en realidad, es todo lo contrario: requiere una fortaleza interior que no depende de la aprobación externa. Y aquí aparece otro aspecto interesante: la coherencia. Porque hablar de justificación desde la fe no tiene sentido si no se refleja en la vida diaria. No se trata de un discurso bonito, sino de una práctica concreta. Es en las decisiones pequeñas —cómo respondemos, cómo tratamos, cómo elegimos— donde se ve si realmente estamos viviendo desde esa lógica. En definitiva, la justificación, entendida desde el evangelio del Reino de Dios, no es una teoría abstracta ni un concepto reservado a especialistas. Es una invitación abierta, una posibilidad real y una herramienta poderosa para vivir de otra manera. Una manera más libre, más humana, más alineada con una justicia que no aplasta, sino que levanta. Y quizás, en medio de tantas voces que nos dicen quién deberíamos ser, lo más revolucionario sea escuchar esa otra voz que afirma quién podemos llegar a ser. No desde la exigencia, sino desde la gracia. No desde el juicio, sino desde la restauración. No desde la culpa, sino desde la justificación. Porque, al final del día, no se trata de tener la última palabra en una discusión, sino de permitir que la

Palabra —hecha vida, hecha cercanía, hecha humanidad— tenga la última palabra en nosotros. Y esa palabra, lejos de condenar, siempre abre camino.

Posted in: Blog, Sin Categoría | | With 0 comments
